

Patología del sexo en el nuevo milenio.

¿Follar es divertido o es adicción al sexo?

Inmaculada Mujika

Socióloga. Master en sexualidad Humana
Aldarte

En este artículo se intenta echar una mirada crítica a un término que con ser de fácil uso y ampliamente extendido, no deja de ser para algunos/as un concepto polémico. Polémico porque no es fácil hablar de términos como abuso o adicción y porque no hay mucho acuerdo en cuanto a lo que hay que entender por tales y polémico porque la generalidad de los síntomas con los que dicen se presenta, no solamente nos coloca a mucha gente en las puertas de la adicción, sino que de manera inevitable coloca en el centro de la adicción a aquellas personas que traspasan los denominados límites de lo que se supone “normal”, desestimándolas y desautorizándolas. La expresión “adicción al sexo” no sólo se usa para describir una conducta sexual compulsiva.

Palabras clave: adicción al sexo, deseo, control, sexualidad.

Planteamiento de un problema

“¿Estoy obsesionado/a con el sexo?” Muchas personas se hacen en la actualidad esta pregunta, ya que, por diversas razones para ellas el sexo es algo importante. Leen en el periódico o en la TV ven imágenes del “del chico o chica con buenas y saludables vidas sexuales” y se preguntan “¿qué pasa con las personas que” no quieren sentar cabeza,”aquellas para quienes el sexo es su deporte favorito?”

Por ejemplo, Gaizka, es una persona a quien le encanta follar, y mucho. Gaizka no podría ni contar con cuantos chicos se ha encamado en todos estos años, porque no es raro que después de pasarse la noche bailando se lleve a un amigo a casa. Su contacto en el *Mensual* (revista gay) deja bien claro que está disponible. Gaizka tiene treinta y cuatro años, y no está interesado en una relación estable. Se considera bueno en la cama y, para él, follar es igual

que ir al cine o al fútbol. El mes pasado Gaizka folló con una docena de hombres. ¿Tiene Gaizka un problema de *adicción al sexo*?

Desde que Michael Douglas (hoy felizmente casado con C.Z. Jones), el que fuera el “sexo-adicto” más famoso, descubrió al mundo su pulsión descontrolada por las mujeres y su curación tras su paso por una clínica especializada, no se ha dejado de hablar de lo que algunos/as consideran *una patología del nuevo milenio que poco a poco se está manifestando cada vez con más fuerza*: la adicción al sexo.

Esta “enfermedad” nació en los EEUU de América donde abundan las clínicas especializadas en su curación y los grupos de ayuda denominados *sexólicos anónimos*. A finales del año 1984, prestigiosos especialistas en comportamiento sexual daban a conocer datos según los cuales las ganas imperiosas de hacer el amor no sólo no

eran sanas, sino que suponía además parte del cuadro de una grave enfermedad de adicción, comparable a la del alcohol, los estupefacientes o el juego: la *sexodependencia*. El sexo es presentado como un narcótico psicológico y afecta, según los cálculos más alarmantes, a una de cada doce personas, sobre todo a hombres casados entre 35 y 45 años, de profesiones liberales, infancias religiosas y con una educación sexual castrada. Individuos que en el sexo encuentran alivio a sus conflictos de ansiedad e inseguridad, buscándolo una y otra vez a costa incluso de su estabilidad laboral y familiar y del mismísimo placer sexual. Sólo el sexo puede calmarles.

El factor causante de la sexoadicción, parece claro que es la desmesurada oferta pública de sexo. Cuestión que lo convierte en algo comercial, lo despoja de toda intimidad y conduce al caos erótico. Los *casos clínicos* que se suelen documentar como ejemplos de la enfermedad son, entre otros, consumidores de porno, masturbadores, asiduos de las líneas calientes, clientes de la prostitución, exhibicionistas, navegantes de Internet, usuarios de los servicios sanitarios masculinos de estaciones o grandes almacenes, promiscuos o adúlteros. Los síntomas que pueden conducir a un diagnóstico formal de "adicción sexual" son: tener una preocupación sexual que interfiera con una relación sexual normal con el cónyuge o amante, sentirse impulsado a mantener relaciones sexuales de manera continúa en un periodo breve de tiempo, sentir un deseo irreprimible de realizar actos sexuales que provocan sentimientos de ansiedad o depresión, culpabilidad o vergüenza, emplear una gran cantidad del tiempo destinado a la familia o al trabajo en realizar actos sexuales o buscar aventuras sexuales, etc.

Hasta aquí la *ficha técnica* de una patología sexual que más bien parece un producto sacado de la histeria prohibicionista, que desde hace tiempo está asentada en Estados Unidos, que fruto de las certezas y evidencias científicas (si es que en verdad existen). Hemos hecho de la sexualidad un objeto de debate social y público. Constantemente estamos hablando, con profusión de detalles, de lo más íntimo de nuestras vidas sexuales: "Esta técnica sexual funcio-

na extraordinariamente bien, ya verá como así, usted, es capaz de mejorar la calidad de sus orgasmos"; "¿qué hacemos los españoles después del hacer el amor?" "¿cómo son nuestros enamoramientos, deseos y fantasías sexuales?"; etc. Los trastornos y disfunciones, las parafilias, variaciones, perversiones, desviaciones y últimamente las adicciones sexuales también se hallan en este escenario público. Suele ser corriente acatar de manera sufriente, silenciosa y pasiva toda la terminología sexológica que sobre las conductas sexuales está saliendo a la luz constantemente. Cabe hacerse una pregunta ¿debería ser así?. Ciertamente no. Lo que la sexología hace, la terminología que utiliza y las ideas que hay detrás de ella, así como los programas terapéuticos basados en estas creencias, deben ser, también, objeto de un análisis crítico.

El sexo verdadero

El término sexo-adicción ha calado profundamente en la opinión pública. No podría ser de otro modo a tenor de cómo los medios de comunicación machacan constantemente con él. Por citar un ejemplo: lo que le pasa a Fran Rivera, no es, que aparte de querer estar con *su Eugenia* le interese *hacerlo* con otras mujeres, lo que le pasa es que es "un adicto a las mujeres" (comentario en LQF, programa del corazón de ETB2). La popularidad del término es tan grande, que a estas alturas, quién más o quién menos, conoce a un amigo "obsesionado con el sexo y que sin duda alguna ha caído ya en la sexo adicción". El concepto nos está viniendo al pelo para definir toda la sarta de comportamientos que no nos caben en la cabeza, que no entendemos y lo que es peor no estamos dispuestos a admitir.

A decir verdad, hemos adoptado con bastante facilidad la palabra sexo-adicción, quizás porque creemos que resuelve esa pregunta que de manera casi obsesiva nos hacemos constantemente: ¿soy normal?. Leonore Tiefer (1) cuestiona este interrogante ¿por qué la gente pretende ser sexualmente normal si la desviación no tiene consecuencias nocivas?. Entre otras razones, señala que después de tantos siglos de imposición, primero religiosa y



después médica, han acabado por convencernos de que los deseos y conductas *anormales* te pueden convertir en un personaje sórdido y mentalmente débil, en un ser socialmente peligroso y en un potencial alterador del orden público.

Y es que el sexo se ha convertido, como Michel Foucault expresara (2), en *"la verdad de nuestro ser"*. En nuestras sociedades modernas la sexualidad existe en el individuo antes de cualquier relación o actividad sexual. La sexualidad, que en épocas anteriores no define nada, pasa a ser un elemento que arma nuestra personalidad y determina que tipo de individuos somos. La conducta sexual pasa a definir un estado vital del individuo, una identidad que marcará su individualidad y su posición en la sociedad.

Realmente, ¿Porqué íbamos a tener esta constante preocupación por buscar la normalidad sexual, si médicos y psiquiatras no se hubiesen afanado, y no persistieran todavía, en acentuar "lo normal" frente a lo "anormal," en aumentar las categorías de conductas sexuales erróneas y en utilizar conceptos como inferioridad mental y emocional, enfermedad mental, defectuosa integración de la personalidad o personalidad autodestructiva, poca capacidad de frustración, inmadurez psicológica, baja autoestima, etc. para definirnos según sean nuestras acciones sexuales?.

La sexo-adicción en vez de facilitarnos las cosas lo que hace es complicarnos, si cabe aún más, esta búsqueda compulsiva de lo normal. Para un gabinete psicológico de Bilbao *"el adicto al sexo a diferencia de una persona sana, se caracteriza porque el objetivo de su conducta es más la reducción de un malestar que el obtener placer. Consiste en un exceso desbordante de deseos y conductas sexuales que el sujeto es incapaz de controlar"*. Ante este tipo de descripciones cabe hacerse varias preguntas. ¿Qué tipo de sexo y cuánto es lo adecuado para no convertirse en un adicto? ¿Qué es lo que caracteriza realmente a una persona sexualmente sana? ¿Soy infeliz porque practico mucho sexo o lo soy porque me limitan la cantidad que quisiera practicar? ¿No controlo por el tipo de sexo

que hago o porque lo que hago no se encuentra dentro de lo convencionalmente sexual? El malestar que siento ante mi actuación sexual, que me impide la obtención del placer y me provoca una culpabilidad enorme, ¿es fruto de mi práctica sexual o fruto de cómo me la están evaluando los de fuera?...Estas preguntas no tienen en la actualidad respuestas objetivas y hacen que nos adentremos es una especie de círculo cerrado, sin salida. Un error muy frecuente de la psicología actual es olvidarse de las condiciones concretas en los que los sujetos actúan. Condiciones que pueden convertir cualquier acto sexual *sospechosamente perverso* en algo obsesivo y autodestructivo para la persona que lo realiza. Como regla en vez de tratar las condiciones concretas lo que se hace es tratar a los sujetos transformándolos en casos clínicos y patológicos.

A nivel individual se nos torna cada día más difícil saber qué debemos hacer, pensar o sentir en materia de sexualidad. La lectura inmediata, que en general, ha hecho la sociedad de la sexo adicción va en esta línea: *"practico mucho sexo, invierto tiempo y dinero, no tengo nada estable, hago cosas raras, me divierto, pero...¿no seré ya sexo-adicto?"* Y así, en el afán público por conseguir la normalidad sexual las consultas sexológicas y gabinetes psicológicos están cada día más llenos de personas que no saben si lo que realmente quieren o desean es bueno o malo y que necesitan de manera imperiosa a "los expertos" en sexualidad que dispensan información y dirección a quienes se sienten sexualmente despistados, perplejos, culpables, avergonzados y sucios.

¿Ciencia del deseo o tecnología del control?

Jeffrey Weeks (3) cuando analiza el papel de la sexología comenta: *"La sexualidad moderna, es, en parte al menos, una invención de los laboratorios de la sexología y, como todas las invenciones de ese tipo sus consecuencias han sido contradictorias. Estos pioneros, que se autoproclamaron como tales, se afanaron en crear una ciencia del deseo, un nuevo cuerpo de conocimientos que nos revelaría la clave oculta de nuestra naturaleza. En su quehacer, res -*

taron también su apoyo a otras actividades, algo más dudosas; desde la costumbre de patologizar como perversas ciertas prácticas sexuales...hasta la institucionalización de "tratamientos" de carácter dudoso..."

Una cuestión es la referida a la misma terminología utilizada ¿Porqué inventar la palabra sexo-adicción cuando ya existe, bastante bien documentado, el trastorno obsesivo compulsivo referido a la práctica del sexo?. Está claro que ambos términos no tienen el mismo impacto en la sociedad. El primero, de entrada, lo entendemos todos: sexo y adicción son de por sí palabras que atraen la atención inmediata y aumentan su atracción si se unen. Con el segundo término, ya se sabe lo que pasa, que sólo lo entienden los expertos. La terminología "adicción al sexo" esconde un importante mecanismo de control social sobre nuestra sexualidad

En los últimos años los expertos en sexo con sus innumerables apariciones en los medios públicos y con la publicación de incontables manuales y artículos de orientación hace tiempo que nos están enseñando en qué consiste la nueva patología y a estar alerta para no caer en ella. Para ello, además ya han puesto a nuestra disposición todo un aparato terapéutico tanto individual como grupal por el que ya han pasado numerosas personas. La sexo adicción es un claro ejemplo de como la sexología configura nuestras formas de pensar y vivir el sexo. *"No hay sexólogos porque hay disfunciones sexuales, sino que hay disfunciones sexuales porque hay sexólogos dispuestos a inventárselas. La medicina sexual no serviría tanto para que la gente solucionase sus problemas sexuales, como para que se enterase de algo que quizá antes ni sabía ni le importaba: que los tenía."* Una opinión sobre unos de los papeles de la sexología vertida por Manuel Delgado Ruiz (4) sobre la que habría que hacer más de una reflexión.

Como concepto la sexo adicción tiene una gran fuerza explicativa. Parece que es aséptico, neutral y que describe la realidad. Forma parte de las innumerables adicciones que pueden aquejar al ser humano, y tiene un carácter más benigno que los tér-

minos de perversión o desviación, los cuales hacen referencia a una patología irrecurable, a una "anormalidad extrema" La sexo adicción no deja de ser un trastorno que puede afectar a cualquiera y que además tiene cura mediante el tratamiento adecuado. Una sexo adicción preocupa pero no alerta (como lo hace la perversión). Pero bajo esta supuesta apariencia "de aquí no pasa nada" es innegable el tono moral y restrictivo que acompaña al concepto ya que la sexo adicción es un saco que no tiene fondo y donde están empezando a entrar comportamientos que hasta hace pocos años podían ser percibidos como paradigmas de la sexualidad plena y desinhibida..

La generalidad con la que se está usando hoy día la palabra sexo-adicción, no deja de asemejarse concepto pecado, tan usado por la iglesia católica para referirse a nuestros actos sexuales. Claro está que lo que se privilegia, desde el punto de vista de la implantación de directrices en sociedad sobre lo que debe ser la sexualidad hoy día, no corresponde a los curas y lo que ellos pueden representar (aunque no hayan desaparecido), sino a los sexólogos (bien sean médicos, psicólogos, psiquiatras, sociólogos, etc.) quienes colocados en la parte alta de una jerarquía "expertos-novatos," emiten opiniones que, sin llegar a prohibir el sexo, lo dirigen y reglamentan interfiriendo seriamente la propia capacidad de regular y controlar nuestra sexualidad.

Cada vez tenemos menos recursos propios para abordar asuntos ligados al sexo poniéndolos en manos de "los expertos" y aceptando lo que dicen con la boca cerrada y sin pronunciar palabra, cuando la historia de la sexología nos dice que tendríamos que, como mínimo, cuestionar las historias que nos cuentan mucho más de lo que lo hacemos normalmente.

Por ejemplo: ¿Cuántas barbaridades se han dicho de la homosexualidad en nombre de la ciencia sexológica? La homosexualidad ha pasado, en un plazo de 25 años, de ser una anomalía genética, un defecto hereditario, un desarrollo inmaduro del cuerpo, producto de una desestructuración familiar, una agresión preedípica y trauma en el



destete, un complejo de castración, resultado de la ausencia masculina en el hogar o de experiencias sexuales dolorosas en la pubertad, producto de una agresión sexual, temor al sexo opuesto causado por sentimientos de inferioridad, etc., a ser una de las orientaciones constitutivas de nuestra sexualidad. Realmente hay que tener una fe que mueva montañas para seguir creyendo sin paliativos en la sexología porque en las circunstancias en las que se mueve nadie te asegura que lo que hoy es una enfermedad mañana no sea algo clínicamente recomendado y al contrario. La lógica, a tenor de los acontecimientos, lo que dicta, es que tengamos una actitud crítica cuando salen a la luz nuevas patologías sexuales, las cuales, con bastante probabilidad, habrán sido conformadas sin escuchar las voces de las personas protagonistas, seres individuales reales, marcados y manchados por estos rótulos.

No existe una disciplina sexológica neutral y ausente de ideología. La sexo adicción nace en EEUU, de la mano de una corriente sexológica muy complaciente con los movimientos sociales y políticos que tratan de imponer una sexualidad más conservadora que innovadora, más monolítica que plural (con aquellos movimientos que están llevando a cabo la estrategia de abstinencia sexual impuesta por el gobierno de Bush como medida educativa en materia sexual). La sorpresa es que la nueva patología ha sido exportada y adoptada en nuestro país por un gran número de sexólogos sin problemas, sin fisuras y sin contradicciones, ignorando que detrás de la sexo adicción se esconde un deseo de imponer, de nuevo, unas formas mejores (que otras) de hacer sexualidad y obviando que los métodos originados por la sexo adicción generan una determinada construcción de la sexualidad que parece omitir buena parte de la complejidad de ésta en la vida de los seres humanos.



Bibliografía:

- 1.-Leonore Tiefer: "El sexo no es un acto natural y otros ensayos." Ed.Talasa. Madrid, 1996.
- 2.-Michel Foucault: "Herculine Barbin llamada Alexina B" Ed. Revolución. Madrid, 1985.
- 3.-Jeffrey Weeks; "El malestar de la sexualidad" Ed.Talasa. Madrid, 1993.
- 4.-Manuel Delgado Ruiz: "La sexualidad en la sociedad contemporánea. Lecturas antropológicas" UNED, 1994.